En 2005 se cumplió el centenario de **Ernestina de Champourcin**, una de las pocas mujeres de la Generación del 27. Entre los actos conmemorativos celebrados, destacamos las palabras del Rector de la Universidad de Navarra, depositaria de la biblioteca y del archivo personal de la escritora, y el discurso de su sobrino, **Emilio Lamo de Espinosa**, en el homenaje de la Residencia de Estudiantes.

Homenaje a Ernestina de Champourcin

La figura de **Ernestina de Champourcin** encarna, a mi entender, un doble valor: en primer lugar, como escritora, en un momento de especial brillo para las letras españolas como fue la generación del 27. En segundo lugar, como mujer que luchó para abrir puertas culturales e intelectuales a otras mujeres. Ambos valores los cultivó **Ernestina** con fuerza en sus años de juventud: con sus primeras publicaciones, apoyada y guiada por el que siempre consideró su gran maestro, **Juan Ramón Jiménez**, y con su implicación en la sociedad madrileña anterior a la guerra, de manera muy especial en el Lyceum Femenino, del que fue secretaria y de cuyo sector literario se encargó durante varios años. Pero la fuerza de **Ernestina** reside en la progresiva profundización en estas dos vertientes a lo largo de toda su vida.

Cuando estalla la guerra, su compromiso con la república y con el que sería su marido, **Juan José Domenchina**, le hace abandonar España para comenzar un largo y fecundo exilio. En México, su preocupación por la mujer le lleva a trabajar con mucha frecuencia en las barriadas más desfavorecidas enseñando a leer y escribir, dando clases y explicando catecismo; también a implicarse en ámbitos profesionales en los que adquirió gran altura, muy especialmente en el de la traducción. No deja de participar y animar revistas literarias y culturales, tanto las que promovían los exiliados como propiamente mexicanas. Su labor de creación, interrumpida durante unos años por la necesidad de atender asuntos más urgentes, surge renovada tras una crisis espiritual que le lleva a una honda vivencia de la fe cristiana. La poesía de **Ernestina** en sus últimos años (y vivió muchos, 94) mantiene una asombrosa fidelidad, que es también evolución, a sus convicciones primeras: una poesía trabajada, pulida, esencial, con ciertos toques vanguardistas, que habla fundamentalmente del amor y la soledad, del diálogo de la poetisa con su yo, con los demás, con Dios.

Hoy, la biblioteca y el archivo personal de **Ernestina de Champourcin**, por decisión de su familia, se conservan en la Universidad de Navarra, que se siente muy honrada de poder contar con este material y que, a su vez, lo pone a disposición de quienes quieran investigar sobre la figura de esta poetisa.

Ángel J. Gómez Montoro
Rector de la Universidad de Navarra

Biblioteca Virtual Tiempo, Universidad de Navarra. Nuestro Tiempo, número 619-620, 1-2/2006.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei
Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra, Nº 619-620, 1-2/2006.

HOMENAJE EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

Ernestina de Champourcin, como es bien sabido, es una de las pocas poetas (no poetisa, a ella no le gustaba el término) de la Generación del 27. Se casó en 1936 con el también poeta **Juan José Domenchina**, secretario particular de **Azaña**. Exiliados ambos en 1939 a México, regresó a España tras la muerte de su marido y murió en marzo de 1999, ya sorda y casi ciega, pero aún escribiendo y con una envidiable vitalidad, fuerza y energía.

Con motivo del centenario de **Ernestina de Champourcin**, el Instituto de Historia Social Valentín de Foronda y la Fundación Universitaria Navarra han organizado en Vitoria (la ciudad donde nació) un Congreso titulado "Ernestina de Champourcin. Mujer y Cultura en el siglo XX" y la exposición "Ernestina de Champourcin. Palabra en el Tiempo".

Era casi obligado que Madrid, la ciudad donde Ernestina se crió y vivió –salvo durante el exilio– y, dentro de Madrid, la Residencia de Estudiantes, esa institución tan próxima a ella y a su mundo –la Generación del 27, **Juan Ramón Jiménez** y **Zenobia**...–, se sumara a este homenaje.

Quiero dar las gracias tanto al antiguo director, **José García Velasco**, como a la nueva, **Alicia Gómez Navarro**, por su absoluta disponibilidad para este acto que han apoyado desde el primer momento y sin reserva alguna. Es más, cuando llamé a **Pepe** para sugerirlo fue él quien me lo adelantó. Y también, por supuesto, a **Natalia Rodríguez-Salmones**, directora de relaciones institucionales de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, que aceptó patrocinar esta actividad.

Ernestina de Champourcin era una notable personalidad, como toda su familia, por otra parte. Era la mayor de cuatro hermanos. El segundo, Jaime, fue el único varón

Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra. Nº 619-620, 1-2/2006.
Biblioteca Virtual Ernestina de Champourcin y Opus Dei

Es usual decir que uno tiene escasos méritos para estar en una mesa redonda de estas características. No suele ser verdad, pues de otro modo no habría sido invitado. Pues bien, en este caso sí lo es; mis méritos no son escasos, son radicalmente nulos. No soy poeta, ni filólogo, ni crítico literario. Soy catedrático de Sociología, bien lejos, pues, del tema que hoy nos trae. Soy sólo sobrino de **Ernestina**, y ni siquiera el que tuvo más relación personal con ella. Si recordamos que sobrino en italiano se dice *nepote* concluiremos que mi presencia aquí es, literalmente, un acto de nepotismo puro y duro, un acto de "sobrinismo".

Mi tía **Ernestina**, la tía **Nina** para sus sobrinos, pertenece ya a la historia de la Literatura Española, pertenece a todo el mundo: a los críticos, a quienes hacen tesis doctorales sobre su obra, a los que escriben libros o investigan sobre ella, a quienes cuidan de su legado intelectual. No a su familia.

Quiero destacar además que, por expreso y unánime deseo de todos los herederos de **Ernestina de Champourcin** (ella murió *ab intestato*, como era de esperar dado su carácter), y éramos muchos, la propiedad intelectual de sus escritos la tiene la Universidad de Navarra, no nosotros. Y desde el principio, la familia entendió igualmente que el congreso con motivo de su centenario era tema de los "champourcinistas", si es que podemos acuñar este neologismo, no de su familia.

De modo que mi presencia pretende sólo manifestar mi voluntad y la de mi familia Lamo de Espinosa, de estar presentes en este acto de homenaje, participar de algún modo, quizás aportando algunos recuerdos personales y familiares, que es, por desgracia, todo lo que podemos aportar.

DE FAMILIA AFRANCESADA Y CULTA

Ernestina era una notable personalidad, como toda su familia, por otra parte. Era la mayor de cuatro hermanos. El segundo fue el único varón,

Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra. Nº 619-620, 1-2/2006.

mi abuelo (el padre de **Ernestina** era el barón francés de Champourcin), perteneciente a una familia de la Alta Provenza que se instaló en España a comienzos o mediados del XVIII, primero en Alicante, después en Barcelona y finalmente en Madrid.

Pero también por la formación francesa de mi abuela, su madre, **Ernestina Morán de Loredo**, que provenía de una familia gallega-uruguaya asentada en París a finales del XIX, donde vivió de niña hasta que se trasladó a Madrid, donde residió en la calle Alcalá 18 (lo que hoy es el edificio de Banesto, frente al Casino). En sus memorias inéditas, mi padre recuerda que el suyo cortejaba a **Ernestina**, cuando salía al balcón de su casa, desde la terraza del Casino. No sé si es verdad pero "se non e vero e ben trovato". Los nietos conservamos muebles y algunos cuadros preimpresionistas valiosos comprados en París por la familia Morán de Loredo y traídos a España.

Sin duda, una familia moderna, no tradicional ni acartonada, como lo eran entonces con frecuencia las familias aristocráticas. Dan una idea indirecta de ello los motes de las tres hermanas: **Nina** la mayor, **Fifí** la segunda y **Lulú** la pequeña, mi madre. De modo que debía componer una sinfonía muy años veinte la salida al salón de las tres niñas, **Nina**, **Fifí** y **Lulú**. Parafraseando a **Ortega**, muy modernas pero muy siglo XX; las dos cosas. Una familia de esas en las que se hablaba en francés en las comidas y, por supuesto, había que vestirse correctamente para sentarse a la

Jaime, el barón de Champourcin, personaje singularísimo que no voy a glosar aquí, aunque lo merecería. Las otras dos hermanas eran **Adolfina**, la tercera, y mi madre, **María Luisa**, la más pequeña. Tres chicas y un chico y ella, **Nina**, la mayor. Como me ha interesado siempre la psicología social, debo decir que no me parece irrelevante el detalle de que **Nina** fuera la mayor de los cuatro hermanos.

Por cierto que **Jaime**, que fue soltero casi toda su vida y se casó ya muy mayor, no tuvo hijos, de modo que el apellido Champourcin, al menos en España –y me temo que en todas partes–, se ha perdido, aunque será recordado, paradójicamente, gracias a **Ernestina**.

Se trataba de una familia de clase alta, de la alta burguesía o aristocracia liberal de Madrid, que vivió primero en Marqués de Villamejor (en una casa que aún existe, entre la Castellana y Serrano) y más tarde en Barquillo 23. Era una familia culta y muy "afrancesada" en el mejor sentido de la palabra. Afrancesada por el origen de

Biblioteca Virtual Tomás, Universidad de Navarra. Nuestro Tiempo, nº 619-620, 1-2/2006.

Ernestina, por supuesto, hablaba francés perfectamente, pero también inglés, lo que le sería muy útil en el exilio, pues durante bastantes años vivieron de su trabajo de traductora

mesa a cenar. Con educación rígida, sin duda, de esas educaciones que producen creencias firmes y personalidades fuertes, enérgicas y seguras.

Mi abuelo era abogado, trabajaba y tenía afición a la escritura. Había sido secretario político del ministro de Fomento, **Domínguez Pascual**, y presidente del Círculo Conservador de Madrid. Era, desde luego, monárquico fervoroso. Como persona culta dio una buena educación a sus tres hijas y a su hijo.

Jaime, también monárquico a machamartillo, hablaba y escribía perfectamente francés, inglés y alemán e hizo una brillante carrera de abogado en Madrid gracias a una extensa clientela extranjera. **Adolfina**, mi tía **Fifí**, una persona de extraordinaria bondad y generosidad, era pianista, y muy buena, aunque renunció a seguir su carrera al casarse. Y si nosotros, los hermanos Lamo de Espinosa, hemos salido más bien algo intelectuales, se lo debemos sobre todo a mi madre, que amaba la música y la literatura.

De modo que **Ernestina** vivió en una familia culta, sospecho que bastante más que la media de la época, y muy imbuida del valor de la cultura francesa. Cultura religiosa también, sin duda, aunque con un catolicismo más francés que español, más profundo, íntimo, que social o superficial.

A los 10 años **Ernestina** ingresa en el Colegio del Sagrado Corazón, donde realiza el bachillerato elemental. Y en casa y con profesores particulares prepara el bachillerato superior, examinándose en el Instituto Cardenal Cisneros. Aunque su idea era estudiar la carrera de Filosofía y Letras, no llegó a ocurrir, no sé bien por qué.

Ernestina, por supuesto, hablaba francés perfectamente, pero también inglés, lo que le sería muy útil en el exilio, pues durante bastantes años ella y su marido vivieron de su trabajo de traductora para el Fondo de Cultura Económica, donde tra-

Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra. Nº 619-620, 1-2/2006.

Quizá la palabra que mejor definía su personalidad es la de fuerte. Fuerte de carácter y de energía (todos los hermanos lo eran), fuerte de personalidad, de opiniones

dujo muchos y muy buenos libros de sociología –mi campo–, pero también de poesía.

PASIÓN POR LA POESÍA

Siendo adolescente, **Ernestina** escribe con verdadera entrega y pasión los primeros poemas. Se dice –no lo sé con seguridad–, que escribió su primer poema, en francés, a los doce años, un plagio de **Lamartine**. Bien puede ser. Sin embargo, insatisfecha de los resultados, quema y destruye todos los poemas de su prehistoria poética. Y, ahora sí, a los 21 años, en Espasa Calpe –dicen que con la ayuda económica de su padre–, publica su primer libro, *En silencio…* (Madrid, 1926). Al que seguirán con presteza *Ahora* (Madrid, 1928) y *La voz en el viento* (Madrid, 1931). Con esos tres volúmenes la muy joven **Ernestina** entra en la antología de **Gerardo Diego**. Pronto editará otro libro de poemas: *Cántico inútil* (Madrid, 1936), y con estos cuatro títulos adquiere ya un renombre sólido en el panorama poético de la España de preguerra.

Yo conocí a mi tía muy tarde, cuando regresó a España definitivamente, en 1972, pues ya lo había hecho en 1951, un año antes de que incorporase al Opus Dei en 1952. Su marido **Domenchina**, a quien no llegamos a conocer, había muerto en 1959, no sin antes escribir dramáticamente: “desde 1939 no he tenido otra compañía que mi soledad de España...”

Ernestina fue bien recibida en la España de la transición a la democracia. Fue Premio Euskadi de Literatura en castellano (1989), Premio Mujer Progresista, y candidata al Príncipe de Asturias de las Letras (1992).

Quizá la palabra que mejor definía su personalidad es la de fuerte. Fuerte de carácter y de energía (todos los hermanos lo eran, de gran vitalidad natural), fuerte de personalidad, de opiniones. Testaruda, si se quiere, incluso discutidora y porfiada. Decía lo que pensaba, sin más, casi sin filtrarlo, sin pudor, sin piedad. Era, pues, de una sinceridad aplastante, muy aristocrática. Por supuesto, aceptaba la misma sinceridad, pero no era fácil devolverla.

Ignoro todo acerca de la vocación de nuestro tiempo, del actual, para la lírica. Sospecho que no tiene mucha, aunque puedo estar en el error, y esa vocación puede estar agazapada detrás de cosas que hacen mucho más ruido y no dejan verla. Pero desde luego no podemos dudar de la inmensa, poderosísima vocación de **Ernestina de Champourcin** para la poesía. Una y otra vez repetía que sólo le interesaba, de verdad, la literatura. Estoy seguro de que era así. Tenía que

Biblioteca Virtual Ernestina de Champourcín y Opus Dei
Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra, Nº 619-620, 1-2/2006.

ser así para publicar su último libro de poemas a los 91 años de edad. Y por ello creo que debemos preguntarnos: ¿hasta qué punto ha influido la poesía de **Ernestina de Champourcin**? ¿Qué ha quedado de ella, de su legado poético, el único que le importaba?

Permítanme que, como sociólogo, haya realizado un pequeño cuasi-experimento para intentar responder a esta pregunta. Para ello he utilizado lo que hoy es el depósito más completo de la memoria escrita de la humanidad, el buscador Google. Lo que no está en Google, en alguna página web (hay más de 70 billones), es que no existe. Pues bien, he tecleado las palabras "Ernestina de Champourcin", así, entre corchetes. Y el resultado es que hay más de 16.000 entradas que corresponden con otras tantas páginas web que hablan de ella.

La pregunta inmediata es: ¿son muchas o son pocas? Para que tengamos unas referencias, diré que hay 43 millones de entradas a **Shakespeare**, 10 millones a **Freud**, y **Cervantes** tiene 7 millones. Y ya en terrenos más próximos al nuestro, **Juan Ramón Jiménez** tiene 290.000, **Rafael Alberti**, 273.000 y **Luis Cernuda**, 117.000. Así pues entre diez y veinte veces más que **Ernestina**. Pero **Carmen Conde** tiene 27.600 mientras **Concha Méndez** tiene 887 y **Josefina de la Torre**, 381.

También es interesante destacar que "Generación del 27" tiene 81.000 referencias, pero sólo en 217 de ellas se menciona al tiempo a **Ernestina de Champourcin**.

Por supuesto, sé que estoy utilizando un criterio puramente cuantitativo y muy superficial, pero es un buen indicador. Y el resultado no está tan mal como yo esperaba, aunque tampoco es lo que merece. Podemos concluir que **Ernestina** aparece desdibujada y más bien desconectada de la generación del 27, como algo aparte y distinto.

¿Por qué todo ello? Se ha dicho que por ser mujer, y puede que sea así, aunque sospecho que no es la razón más importante. Más relevante me parece resaltar su intimismo, el peso creciente de una poesía religiosa, mística. Si hubiera hecho poesía social o de combate, "comprometida", sería sin duda mucho más conocida.

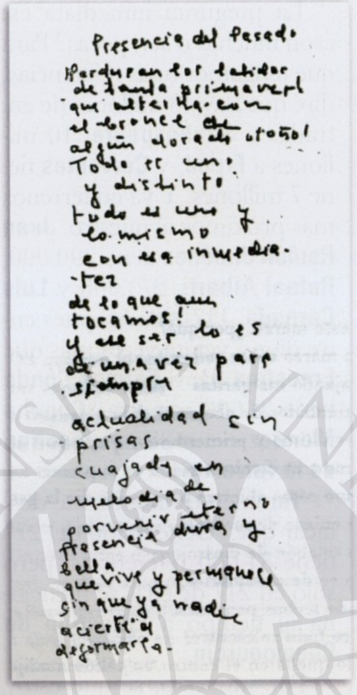
Más importante aún me parece el hecho de que **Ernestina** era de izquierdas, con el currículo perfecto del exiliado republicano, pero al mismo tiempo era profundamente religiosa e incluso se incorporó al Opus Dei. Este carácter fronterizo la hizo estar mal colocada, fuera de las tribus políticas o intelectuales que continúan dividien-

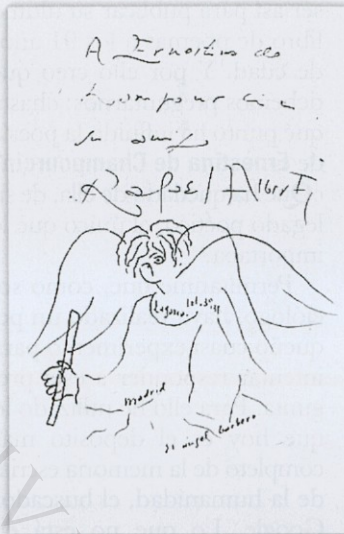
Biblioteca Virtual Opus Dei
Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra, Nº 619-620, 1-2/2006.

do el país de modo maniqueo. **Ernestina** ha padecido un poco la mala suerte de las "terceras vías", de quienes no acababan de estar claramente ni en la derecha ni en la izquierda, un poco como **Ortega**, rechazado por unos por ateo y por los otros porque era elitista, acusado al tiempo de ser de derechas y de ser de izquierdas.

Pero, sinceramente, creo que la posición de **Ernestina** es el resultado, sobre todo, de ella misma, de su carácter, de su independencia de criterio total y rotunda, salvaje, casi asocial, pero también de su voluntad de no ser tipificada, categorizada, cosificada. Cuando **Gerardo Diego** le pidió para su *Poesía Española Contemporánea* un resumen de su poética, **Ernestina** se negó a definirse y contestó con aparente ligereza: "Cuando todo el mundo define y se define causa un secreto placer mantenerse desdibujada entre los equívocos linderos de la vaguedad y la vagancia". Cuánta razón.

Cuando todo el mundo (recordemos el escenario: España años treinta) se definía y definía, se comprometía y comprometía, frente a una terrible tragedia, tenía que ser una mujer la que nos viniera a decir que lo mejor es no definirse, voluntad de vaguedad, ciertamente, no de vagancia y lo dijera, además, sin darle la menor importancia, sin hacer de ello una nueva definición, un nuevo partido de los sin partido. Con una dimensión estética, poética, pero también, quizás mayor aún, moral y ética. Cuando todo el mundo da lecciones la mejor lección es no pretender dar lecciones. Ni siquiera esa.





Ernestina ha padecido un poco la mala suerte de las "terceras vías", de quienes no acababan de estar claramente ni en la derecha ni en la izquierda, un poco como Ortega

Y ello, llevado hasta el punto de negar esa misma lección. De hecho, años más tarde, en una entrevista que le hizo **Edith Checa**, le recordó esta definición: "En algún momento de su vida usted dijo que no quería que la definieran sino que quería quedar desdibujada". Y contesta: "Sí, sí, yo dije una vez una cursilería, pero bueno. Yo nunca he dado importancia a las cosas que digo".

Doble lección. Por darla y por negar que la ha dado. En silencio, como una voz en el viento o como un cántico inútil, y ahí van los títulos de tres de sus cuatro primeros libros.

Ese es quizás el mejor legado de **Ernestina de Champourcin**. La voluntad, muy femenina, de estar sin pesar, sin gravedad, como flotando, inasible. Y si es así, no será entre las páginas web donde deberemos buscarla, sino donde ella quería estar: en alguna esquina del viento o en algún rincón de la palabra. ■

Emilio Lamo de Espinosa Michels de Champourcin
Catedrático de Sociología.
Universidad Complutense de Madrid

Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra, Nº 619-620, 1-2/2006.